



rera, y despues va discurriendo por este reino hasta que fenece sobre la ribera de nuestro mar Mediterráneo, segun aquel sexto capítulo del primer libro más por extenso lo relata, sin faltar cosa por decir de cuanto á sus cumbres y sitios pertenece, sino es el asiento de los dos grandes pedazos de montañas que dél se desmiembran. El uno de los cuales ponen Strabon y Ptolomeo por tercero miembro de los mayores y más famosos que proceden del Pyreneo oriental, al cual antiguamente llamaban Orospeida; ahora no tiene nombre todo él, más de cuanto por trechos particulares toma diversos apellidos conformes á las tierras ó lugares ó provincias por donde pasa. Este sale de la mitad de los Idubedas, y por la mayor parte siempre se tiende contra Mediodía, torciéndose poco contra Poniente y acostándose contino cuanto puede contra el estrecho de Gibraltar donde poco más adelante fenece. Comiénzase á desmandar de los montes Idubedas, pocas leguas en bajo del collado de Moncayo, y cuando por allí sale no va torcido como por otras partes, ni tampoco sale por allí tan poblado de arboledas como adelante, sino casi desnudo y descumbrado y muy bajo, señaladamente cuando llega cerca de los Espartales fronteros al reino de Murcia, que se hace de la misma calidad y naturaleza de la comarca por donde pasa despojado de frescuras y muy estéril. Mas dado que de sus principios Orospeida no salga luégo muy alto, todavía la tierra hace conocimiento de sí, levantándose poco á poco siempre creciendo hasta subir en las sierras de Molina y de Cuenca, donde nacen los rios de Júcar y Tajo.

Desde allí discurre por las sierras cercanas á Consuegra, donde tambien son las fuentes del rio Guadiana en las vegas que los antiguos llamaban Laminitanas, donde hallamos ahora las lagunas que se dicen ojos deste rio. Despues van los montes Orospeidas por la sierra de Alcaraz y de Segura, y de Cazorra; y allí, por los lados y vertientes que miran al Oriente nace tambien el rio que los antiguos decian Estabero, á quien llamamos ahora el rio Segura. Luégo por el otro lado frontero de sus vertientes occidentales, en el mismo peso y altura manan las fuentes del rio Guadalquivir, alejado en su nacimiento segun tasa Strabon, nuevecientos estadios griegos de trecho de las fuentes de Guadiana, que hacen algo más de veintiocho leguas castellanas, dando á cada legua treinta y dos estadios de camino, conformes á lo que los griegos antiguos solian usar en sus viajes. En llegando estas cumbres á las comarcas de Alcaraz echan de sí otro

ramo de montañas que tambien es famoso y señalado en la cosmografía, el cual vuelve desde allí derecho al Poniente, haciendo por su largo todas aquellas fraguras y cumbres que llaman ahora Sierra-Morena: los antiguos las nombraban montes Marianos. Va entero este miembro de montes por encima de Guadalquivir, sobre la mano derecha de su corriente, desviado dél poco trecho, continuado y seguido hasta que fenece sobre las riberas del mar Océano de Poniente, que van entre la boca de Guadiana; porque tambien todas las aguas que manan destas cumbres, las que vierten á Mediodía paran en aquel Guadalquivir, y las otras septentrionales en Guadiana. Pasada Cazorra y la sierra de Segura, se reparten otra segunda vez estas montañas Orospeidas en otros dos brazos; el uno (que es el mayor) sale por el reino de Granada, desmembrando de sí muchos gajos que discurren por diversas tierras en aquella provincia, de tal manera que casi la enredan y ocupan toda, puesto que lo más principal va seguido sobre la ribera de la mar por encima de Málaga: despues hace la serranía de Ronda, pasa más casi junto con Gibraltar, y cuando por aquí viene parece que toma tanta codicia de meterse por el agua que llega muy junto con las provincias africanas, donde se comienza el estrecho con estas dos tierras, y aquel es pedazo de las montañas que pertenece á los Orospeidas propiamente, y el que solia llevar de contino su nombre, sino fué cerca de Ronda donde los antiguos le mudaban el apellido y le llamaban Ilypula. Desde la frontera de Gibraltar adelante van las montañas Orospeidas sobre la costa del Estrecho, no léjos de la parte donde fueron las villas Algeciras, costeano la tierra por aquel cabo hasta que fenecen bien adelante de Tarifa; y aquí, por el fin destas cumbres son casi todas ellas huecas y vacías, tanto, que los montes cercanos á Gibraltar y las comarcas de las Algeciras, si bien se mirasen, las hallarian por muchas partes cóncavas á manera de cuevas. Y fué tiempo que las gentes antiguas por esta razon sobredicha llamaron á la villa de Tarifa Tarteso, á causa que la tierra cercana á ella era como tártaro, que quiere decir en griego hondura ó lugar confuso, bajo y oscuro en lo postrero de la tierra, cuyas bocas parecen aquellas concavidades. Y despues vinieron tambien á nombrarse los moradores desta comarca los españoles tartesios, de quien procedieron los otros tartesios que despues moraron entre los brazos que solian ser en el rio Guadalquivir, de los cuales muchas otras veces hubimos hablado, como tambien hablaremos



adelante por el proceso desta gran historia. El otro brazo de Orospeida va derecho contra Mediodía, y á poco trecho se acaba sobre la costa de nuestro mar Mediterráneo en las marinas del reino de Granada, junto á la villa de Muxarra, puesta en una punta de sierras en el fin de este monte; y aquel brazo postrero es el que pasó por los pueblos que solian ser llamados antiguamente Bastetanos, á causa de Basta, lugar principal y cabeza de ellos, que es la que ahora nombramos Baza; ó por mejor decir, este brazo de monte dividia los tiempos antiguos los pueblos Bastetanos de los que se decian Contestanos, que se contienen entre las cumbres y el rio Júcar.

Al cuarto miembro principal de aquellos montes que atraviesan por dentro de España no le dan nombre los cosmógrafos antiguos, ni se halla memoria de él en autor alguno que yo sepa, sino fuese por caso lo que Pomponio Mela relata en el tercer libro de su Cosmografía, donde se dice sumariamente que cierta parte de los montes Pirineos atraviesa por España, y que dividiendo la menor parte de ella sobre la mano derecha, y la mayor á la izquierda, fenece sobre las riberas del mar Océano de Poniente, como tambien lo vemos en el estrecho de este monte, el cual nace de las montañas Idubedas, junto á las faldas occidentales de la gran cumbre de Moncayo, no léjos del otro nacimiento del Orospeida, y sale por allí la tierra poco á poco, levantándose tan disimulada, que mucho trecho no se le conocen las cumbres, como son cuando pasan por Montegudo y Almazan y sus comarcas. Mas dado que por aquí parezca la tierra llana, sabemos cierto que siempre crece cuanto más va. La señal es, que como notoriamente sepamos el rio Duero cuando sale de sus fuentes llevar sus viajes entre las partes occidentales y mediodía, casi por las raíces del monte Idubeda, y despues cuando topa en esta provincia no pueda pasar adelante, da vuelta de todo punto sobre la banda de Poniente, porque, como digo, la tierra de por allí va más alta, de manera que con tino crece hasta dar en un cerro, donde ahora es un ermita que llaman el Rey de la Majestad, en que ya van formados los montes encumbrados y grandes, habiendo pasado primero por entre las villas que dicen Atienza y Almazan; despues van por Buitrago, y por Segovia, y por cerca de Avila, donde son ya las alturas mucho crecidas. Pasan adelante por Bonilla que llaman de la Sierra, por Béjar, por cerca de Plasencia, contra el derecho de la ciudad de Coria. Luégo despues á poco trecho se meten en Portugal por cerca de la ciudad de

la Guardia, y por la villa de Cobillana, más adelante por junto á Linares, y por Gobeá, y por Melo, y por Arganil, despues van á Goys, á la Losa y al Espinal, donde son todas ellas muy venosas y llenas de metales, particularmente de hierro, que se labra con muchos artificios y herrerías en toda la tal comarca. Desde aquí discurren aquellos montes y cumbres por pueblos pequeños, no tan señalados como los ya dichos, y pasan á fenecer en la costa del gran mar Océano de Poniente, junto con Sintres, villa muy conocida en aquel reino de Portugal, siete leguas apartada de la gran ciudad de Lisboa contra Septentrion; y en todo su camino van alejados casi por iguala del rio Duero, haciendo casi las mismas torceduras y vueltas que el rio hace, por tal arte, que parecen ambos irse remedando. Bien es verdad que del pedazo de tierra que va desde este rio á las cumbres sobredichas salen algunos otros brazos por diversas partes de aquel mismo reino; pero el cuerpo y lomera principal de ellos es el que tenemos dicho y declarado. Nacen tambien de los tales montes rios asaz caudalosos, de los cuales todos los más que salen por las vertientes de Septentrion se mezclan con Duero, y todos los que descenden por las otras vertientes del Mediodía paran en Tajo, con muchas aguas y muchas fuentes, y muchos otros grandes provechos de pastos para los ganados, y muchas maderas, y multitud de lugares que dentro de ellos y en sus comarcas se moran hoy dia; por lo cual algunas veces me maravillo yo no hallar especificada memoria de este trozo de montes en los libros antiguos de cosmografía, pues en ninguna cosa ni calidad son menores que los Orospeidas, ni ménos que los Idubedas.

Otras montañas no tan grandes como las cuatro sobredichas se hallan en España, de quien darémos relacion en diversos lugares desta crónica, como son los que salen por encima de Toledo, sobre las riberas del rio Tajo, pasando por las fronteras de la provincia que ahora llamamos Extremadura, hasta se meter en Portugal. Tienen tambien otras algunas Aragon y Cataluña, de quien al presente no hablarémos, porque las tales traen sus principios y fines exentos, y que de ninguna parte se juntan con aquellos cuatro principales echados del Pirineo, que son los que particularmente pretendemos aclarar en este capítulo. De un monte de España llamado Idro, hace memoria el señor San Jerónimo en el prólogo de una declaracion que compuso sobre la epistola de San Pablo á los Gálatas: del cual monte yo no hallo relacion en otro escritor de



cuantos haya leído, ni sabría por ahora señalar dónde sea, ni cómo se llama, salvo si la letra no está corrupta en aquel prólogo por defecto de los escribientes, que por escribir Idubeda pusiesen Idro, ó este monte no fuese parte dél, ó del otro que llaman Orospeña ó del Pirineo principal, ó de algún otro, pues cierto sabemos que muchos pedazos de los tales tienen ahora y tuvieron también antiguamente sus nombres particulares y diversos; y en una parte se solían llamar Huvindios, cuando pasan fronteros á la ciudad de Oviedo; en otra los decían sacros ó sagrados, cuando llegan á tres leguas de la ciudad de Compostela viniendo de Orense, donde nombran ahora Pico Sagro, una legua primero que toquen á la puente de Hullan; en otra parte se dicen Ilypulas, en otra Caunos, como en lo pasado habemos visto, y en el proceso desta crónica más adelante parecerá, puesto que como dije, lo general de todos ellos sean aquellos tres apellidos principales Pirineos, Idubedas, Orospeñas. Mas ahora la historia dejará de hablar en esto, y contará los otros hechos más señalados que sucedieron en España después del gran encendido del Pirineo, cuando corrieron aquellos grandes y maravillosos arroyos de plata que tan nombrados son entre los autores que hablan de las antigüedades españolas.

CAPITULO VI.

De la venida que ciertas naciones orientales de Fenicia, vecinas de Sidon y de Tiro, hicieron en España, y de las riquezas que sacaron della en oro y plata, y metales y pedrería preciosa.

No miraron los españoles que moraban cerca de sus montes y tierras encendidas en la riqueza de plata y oro derretido, ni en aquel gran interés de su valor que dellos salía, según tenemos escrito, porque allende de la poca codicia que tenía comunmente la gente vulgar, todos aquellos días no sabían en España la contratación de metales ni de sus monedas, para que la plata ni el oro fuesen menester, pues para las otras cosas de nada son necesarias, señaladamente cerca de las comarcas donde los fuegos acontecieron, ni celtiberos ni los galos celtas, que por acá moraban, tampoco recurrieron á ello, puesto que de su natural fueron siempre interesales, y se preciaban más que nadie en España de tener oro y plata entre sus atavíos.

Este descuido puede ser que lo causase morar ellos en aquel tiempo repartidos en provincias apartadas algo de donde sobrevinieron

los fuegos: cuanto más que nadie dellos ni de los otros pudieran sospechar que semejante cosa sucediera del tal encendido. De suerte que perseveraron todos algunos años sin conocer el bien que dentro de sus tierras tenían, hasta que discurriendo los tiempos, casi en el año de 822 ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, se llegaron á las riberas de España ciertas armadas y flotas de gentes orientales, llamados los fenices, naturales de Asia, que moraban en la tierra de Suria, cuyos capitanes y guadores eran los vecinos de dos ciudades en aquella misma provincia, llamada la una Sydon y la otra Tyro, de quien ya en los treinta y un capítulos del primer libro dejamos hecha memoria. Estos fenices comenzaban por aquellos días á correr la mar nuevamente, con grandes pujanzas y maravillosos aparejos de navíos, inducidos por un caballero de Tiro nombrado Siqueo, que nuestras crónicas españolas dicen Acerna por sobrenombre más común, el cual venía con la flota por capitán y gobernador de todos, tan aparejado y proveído, que ni los de Ródas en los años pasados, ni los de Frigia, ni las otras naciones cuantas primero trataron el agua, se le comparaban en la buena manera de los artificios que todos sus fenices traían en aquella navegación. Y no parece cosa de maravillarse que los tales fenices así lo hiciesen, pues verdaderamente les venía casi de linaje la tratanza de la mar, á causa que sus progenitores dicen haber sido la primera gente que después del diluvio general osaron navegar, y menospreciar las aguas y sus tormentas y vientos, acometiendo la cosa que va más fuera de razón de cuantas los hombres pueden imaginar, y de peligro más notorio y más cierto; en lo cual les imitaron después casi todas las otras gentes y naciones cercanas á la mar. Y tiénese por muy averiguado los sobredichos fenices antiguos haber alcanzado tanto en aquel arte, que para no se perder en el agua y para hallar caminos donde la naturaleza negó, comenzaron á mirar las estrellas del cielo, la del Norte principalmente, que por otro nombre llaman el Polo, la cual nunca se muda casi de un sitio; en cuyo respecto conocieron á qué parte caminaban, ó si se desviaban ó venían á los puertos que pretendiesen. Así que de lance en lance fueron tan sabidores en aquel negocio, que como dije, ya en estos días de quien ahora escribimos, sus descendientes y sucesores corrian todo nuestro mar Mediterráneo, desde la Suria hasta la primera boca del Estrecho de Gibraltar. Y así fué, que discurriendo de unas partes á otras, poco después que la plata del Pirineo se derritió, los fenices



acudieron también por allí con lo mayor y mejor de sus flotas cargados de mercaderías, y de muchas otras provisiones que traían de diversa calidad, para las dar donde quiera que llegasen, á trueco de lo bueno que hallaban en cada tierra. Con achaque de esto, sentían y conocían la manera de las provincias, y sacaban de ellas todo lo principal, ó las cosas más buenas que por ellas hubiese, para llevarlas en otras partes donde las tales mercaderías faltasen, y venderlas por mayor estimación, según que también lo hacen todas las gentes que tratan mercancías. Algunos escritores quieren sentir haber sido la jornada de los fenices que tratamos ahora, muchos años ántes del tiempo que decimos aquí, con un capitán llamado Filistenes, según que ya señalamos en los veintisiete capítulos del primer libro. Pero como Estrabon diga que la tal venida de fenices en España fué mucho después de la edad de Hércules el Griego, y junto con esto Plinio también, y Quinto Curcio, y otros muchos autores, declaren haber parte de ellos asentado en la isla de Cádiz, según adelante contaremos, y aquéllos ser naturales de la ciudad de Tiro; y de la escritura pasada parezca bien cierto no ser Hércules el Griego nacido en los tiempos que ponen á Filistenes, ni tampoco Tiro fundada en Fenicia, tienen mucho más crédito los que hacen la venida de estos fenices en España por los años que aquí la ponemos con aquel capitán Arcena Siqueo, persona mucho valerosa, vecino de la misma ciudad de Tiro, mayormente declarando San Eusebio, que por esta razón poseían los fenices sobredichos el señorío de la mar. Y lleva gran camino hacer ellos á tal sazón acometimiento tan señalado con la prosperidad que traían, más que cuando no la tuviesen.

Llegados, pues, en España, lo primero que procuraban y pedían entre otras muchas cosas eran metales, particularmente de plata y oro si los tenían, ó pedrería preciosa, porque según las muestras conocieron en la conversación y manera de la gente, fácilmente se vió que poseían abundancia desto. Y como (según ya dije) la gente vulgar española de todas estas provincias no tuviesen al presente por hacienda principal el oro ni la plata, sino los ganados solamente, trajéronles en breves horas á trueco de las otras cosas que valían poco tanta multitud de lo que estaba derretido por aquellos montes, que los fenices fueron mucho maravillados de tan sobrada riqueza; pero no ménos los espantaba conjeturar dónde podían hallar tan rica cosa y tanta, tan á la mano con que pudiesen venir tan de presto y tan sin pe-

sadumbre. Finalmente, sabido lo que pasaba y la parte donde lo traían, procuraron con más diligencia de ganar la voluntad á los naturales de la comarca y á repartir por ellos joyas y preceas de mucho valor, á quien los españoles mostraban deseo preciándolas en mucho por ser extrañas y no vistas entre ellos, y también por algunos provechos y descanso que dellas resultaban en el uso de cada día. Con esta cautela permitieron á los fenices que pudiesen caminar en su tierra hasta los montes y mineros y cargar muy á su placer de todo cuanto quisiesen; donde hallaron mucho más de lo que sospechaban y más de lo que nadie podía creer. Espantados de tal abundancia, tomado todo cuanto pudo caber en los navíos, partieron de España muy alegres y contentos por la buena ventura que tuvieron, y después pasados en Grecia, en Asia, en África y en Italia, compraron increíble mercadería por aquel extraño valor que de España llevaban, y fueron riquísimos en demasía. Mas dado que por toda la gente de las tales flotas en general hubiese muy gran parte desta riqueza, sobre todos se aprovecharon della más que nadie Siqueo y los otros ciudadanos de Tiro y Sidon, con sus capitanes que regían los otros y los guiaban como principales gobernadores de la empresa, donde resultó que la ciudad de Tiro fué siempre creciendo en riquezas y prosperidad, hasta tanto que por tiempo vino á ser una de las más poderosas repúblicas del Oriente. Sus moradores fueron los más negociantes y de mayores tratos y que más cosas emprendían y de mayor interés, como las historias de los gentiles lo confiesan, y juntamente con ellos el profeta Ezequiel en algunos capítulos de su profecía. No tocaron al presente los fenices en las otras partes de la costa de España por tener griegos ocupadas las mejores poblaciones dellas; los cuales solos entre cuantos por acá moraban, usaban ya monedas de metal en sus contrataciones y las estimaban en precio. También rehuyeron los fenices de pasar adelante por no se fiar de la fiereza y esquividad de los españoles naturales á quien no conocían tanto como conocieron á los otros donde hallaban la plata y el oro.

De una venida destas gentes fenicias hace mención Aristóteles, que parece ser aquella misma que tenemos dicho, de quien hablan todos los buenos historiadores que tienen autoridad. Podría ser también algo diversa, pues Aristóteles no declara los tiempos en que sucedió; solamente dice, que cuando los fenices comenzaron á tentar la navegación de España tomaron tierra sobre la parte que moraban los